

Te fuiste de puntillas en la madrugada

Nos sorprendió la noticia, viejo, de que te habías ido a la casa del Padre. Partiste muy de madrugada, así eran tus gustos, amanecer con tu oración a flor de labios.

Decir padre Braulio en la iglesia de San Francisco era decir reconciliación, eucaristía, cercanía con la gente. En esa esquina y desde ese santuario por nueve años hizo del confesionario su lugar privilegiado de apostolado. Era el consejero, el amigo, el psicólogo de los pobres de Caracas a quienes escuchaba, se compadecía, animaba. Era también desde allí el acompañante espiritual de sacerdotes y religiosas de Caracas, un promedio de treinta sacerdotes atendía mensual en confesión y acompañamiento espiritual.

Disponibles siempre, presto y diligente para servir en ese campo que lo había hecho tan conocido, que ya la gente llegaba al templo directo a su confesionario. Y si no lo encontraba se sorprendían y comenzaban a indagar a qué hora estaría. Trabajador de la viña, silencioso y místico, eso fuiste. El padre alto y de nariz aguileña era una de las características que usaban para preguntar los que aún no sabían su nombre; otros decían, uno que da misa todos los días a las seis de la mañana ¿dónde está? Ese era Braulio el cómplice amoroso que no le faltaban caramelos en el bolsillo para él y para darles a los niños. No le faltaban cada día las personas devotas que sabían de su debilidad por una galleta y se las dejaban de regalo en el confesionario. Así fue tejiendo su vida desde el frenesí de un centro urbano tan agitado. Entre él y sus fieles acontecía una vecindad imperceptible pero real, en la que, la amistad y el buen consejo acontecían sin esperar nada.

Qué historias no había acumulado durante nueve años escuchando a la gente. También el Padre Braulio se ocupó de estudiar minuciosamente las devociones más tradicionales y la historia de los espacios más emblemáticos de San Francisco; puedo decir que es el último de los cronistas más autorizado de este histórico recinto sagrado. A él debemos un folleto completísimo y sencillo que aun hoy sirve de material de apoyo para investigadores y museólogos. Era acucioso y nimio en la investigación y se molestaba cuando alguien hacía una alusión a fechas y datos sin haberlo corroborado antes con las fuentes documentales. Era arriesgado hacer afirmaciones históricas de San Francisco en presencia de Braulio si no se tenía fundamento, porque se corría el riesgo de una llamada de atención, “¿de dónde saca usted esas ligerezas históricas!” decía.

No fue fácil para él dejar San Francisco. Recuerdo que en un diciembre dado su estado tan precario de salud, debido a una afección estomacal, tuvo que irse a la Enfermería y ya para el tres de enero quería regresar. Me pedía como un carajito que lo llevara de nuevo a San Francisco y volvió por unos días, pero siguió su afección y se regresó de nuevo. Recuerdo que después de una semana fui a visitarlo y ¡oh sorpresa! Braulio había decidido quedarse en la enfermería voluntariamente. Me mostró un libro que había terminado de leer sin decirme una palabra, el libro se titulaba APRENDIENDO A ENVEJECER. Y agregó, “me leí este libro y comprendí que estoy anciano y que debo aceptarlo, que ya mis fuerzas

no me dan para el ajetreo de San Francisco y por tanto me quedo en la Enfermería". De ese modo se despidió sin ruido, no obstante su gente lo iba a buscar allá, a San Ignacio.

Mi querido Braulio, viejo, como te decía por cariño: recuerdo que uno de tus consejos que me repetías siempre era "aprende a decir que no" y me pediste que predicara el día de tu entierro, misión cumplida. Sé que si estuvieras de este lado me darías un coscorrón pues no te gustaba que te lisonjearan. No obstante, con el corazón, este es el informe que humildemente puedo dar de ti delante de Papá Dios, eso fue lo que vi y compartí contigo. Hasta la otra orilla viejo, vive ahora reconciliado junto al Padre amoroso, bendícenos e intercede por todos.

Numa Molina SJ